

igualdad, entre la sociedad y el individuo, entre el espíritu humanitario y el espíritu personal, entre todo aquello que tiene de eficaz el socialismo para redimir á los pueblos, y todo aquello que tiene el individualismo de saludable para la completa realizacion del derecho; los eslavos reclaman, pues, el título de la raza verdaderamente sintética en la moderna historia.

Oid en qué se fundan sus apologistas. Los eslavos son los más legítimos hijos de la naturaleza, los primeros guardadores de la sangre aria. Los eslavos han llamado á los labradores con el nombre zenda de *avatai*, que quiere decir venerados. En su mitología, especialmente en la polaca, no existió nunca el bárbaro dios de la guerra. El pobre roturador de los campos es llamado á la jefatura de la tribu, de la raza; y hasta en tiempos cercanos á nuestros tiempos, hasta fines de la Edad Media, el rey no podía vestir la púrpura monárquica sino vestía antes el sayal agrícola. Sus villas se llamaban *viec*, que quiere decir propiedad común á todos los ciudadanos. El jurado existía antes que entre los sérvios y que entre los ingleses. El ideal de la sociedad eslava es el ideal republicano de las familias indo-europeas, que ha engendrado las ciudades de Grecia y de Italia; pero henchido de indomable amor á la colectividad, sin mengua de la propia independencia. Por esto los eslavos son los llamados á realizar la revolucion de nuestro tiempo. Como el Evangelio religioso, que fué el prólogo de nuestra civilizacion, exigió la presencia de

los germanos en Occidente, el Evangelio social exige en Occidente la presencia de los eslavos. Ellos no son, no pueden ser milicia de los déspotas; ellos son y serán siempre por su temperamento y por su historia soldados de las revoluciones.

Extrañas teorías en verdad estas que cambiaban todo el sentido comun de la política europea. Los soñadores, los amigos de las antiguas restauraciones habian contado en todo tiempo con el auxilio de Rusia. Los cosacos en su esperanza debian desarraigar la revolucion y traer el mesianismo armado de la autoridad inmóvil y del orden gerárquico. El ideal para los reaccionarios estaba en aquel imperio ruso de que tenian confusas y raras noticias, pero en que vislumbraban al rededor del Czar omnipotente lujosísimo clero, fuerte ejército, y á los pies del Czar manadas de pueblos dormidos en la indiferencia estúpida de la servidumbre, prontos solo á moverse cuando el clarín guerrero los evocára, como el ángel del Juicio supremo á los muertos, para lanzarse feroces sobre los pueblos de Occidente y unirlos á sus mismas cadenas bajo el látigo de una autoridad semi-asiática por su poder y por su origen. ¡Qué grande, qué tremendo desengaño encontrarse con que los soldados de la autoridad eran los más racionales entre los revolucionarios, los más propios para renovar la sangre y la vida de esta sociedad que los absolutistas querian hechizar con las antiguas creencias!

CAPITULO XVIII.

DEL MOVIMIENTO DE LAS IDEAS EN RUSIA, Y DE LA INFLUENCIA GERMÁNICA.

La revolucion rusa verdaderamente se personifica en Bakounine. Detengámonos á contemplar por breves momentos á este hombre sin el cual seria imposible comprender el movimiento de las ideas en Rusia. Su primer maestro fué Panlof, el cual definia la ciencia, el conocimiento de la naturaleza. En cuanto esta definicion se hallaba formulada, surgian las dos preguntas. Primera: ¿qué es conocimiento? Segunda: ¿qué es naturaleza? La respuesta á la primera pregunta contenia todo el mundo moral, y la respuesta á la segunda pregunta contenia todo el mundo fisico. Entraba, pues, el profesor con este proemio en la cátedra de fisica, y á velas desplegadas, por el inmenso océano del pensamiento filosófico. El sistema de Schelling ya no privaba en Alemania cuando privaba en Rusia. Mas si en Alemania era una reaccion, desde el punto en que lo sustituia otro sistema mucho más riguroso y científico; en Rusia era un progreso superior al dogmatismo escolástico y á la ortodoxia griega. Los espíritus entraban en el

seno de la naturaleza como paráliticos que recobraran el movimiento, como ciegos que recobraran la luz, echándose á nado con placer indecible en las tumultuosas ondas, en el esplendoroso éther, en las suaves armonías de la vida universal, con todas sus maravillosas perspectivas, con todos sus ilimitados horizontes, reveladores de la existencia en sí, y de la presencia por do quiera de lo infinito y de lo eterno.

La filosofía de Schelling es el proemio de la filosofía de lo absoluto que habia de desarrollar Hegel, y lo absoluto es la identidad de lo subjetivo con lo objetivo. Por una reaccion contra la filosofía anterior, este nuevo sistema sacaba al hombre del aislamiento, de la concentracion en sí mismo, y lo sumergia en el Universo. Las leyes de la naturaleza, leyes son ideales en la conciencia, las leyes de la conciencia leyes son reales de la naturaleza. Lo absoluto se desarrolla, se encarna en la materia y sus organismos; en la sociedad y sus instituciones; en la filosofía y sus ideas, donde

adquiere la plenitud de la vida con la plenitud de la conciencia. El espíritu duerme en la piedra, se despierta en la planta, sueña en el animal, piensa en el hombre. El éther fué diluido en los espacios infinitos; esencia de esencias, fué la primera manifestación de la vida. Cayó en el éther, como la piedra en el lago, la palabra divina, la palabra creadora. A las vibraciones de esta palabra en el éther, brotaron los organismos, y rompieron en abierta lucha las naturales oposiciones del Universo. Hubo oposición entre las fuerzas centrífugas y las fuerzas centrípedas que constituyeron sin embargo la mecánica celeste; oposición entre los agentes químicos que constituyeron nuevas afinidades en la vida; oposición entre la electricidad positiva y la electricidad negativa que produjeron un fluido necesario al planeta; oposición entre el carbono y el oxígeno que formaron la atmósfera, donde todos respiramos; oposiciones, como la oposición entre lo subjetivo y lo objetivo, que luego forma en su armonía el conocimiento; oposiciones que dan por resultado la naturaleza, el Universo. La vida universal, dispersa, difundida por doquier, solamente se conoce en el organismo, como el rocío disperso en la atmósfera, invisible en la atmósfera, solo se conoce cuando se concentra en trémula gota sobre el pétalo de las flores. Pero la vida no se acaba en lo real, sino que continúa en lo ideal. Es la naturaleza el desarrollo de lo real, y es la historia el desarrollo de lo ideal. En la naturaleza lo infinito se irradia en lo finito; y en la historia al revés, lo finito se irradia, se vuelve á lo infinito. Pero si la naturaleza es el desarrollo de lo real, y la historia el desarrollo de lo ideal, la filosofía es la identidad de lo real y de lo ideal, de lo subjetivo con lo objetivo, la grande, la suprema ecuación.

Esta filosofía, sujetando el espíritu y la vida, la historia y la naturaleza á leyes fijas, á desarrollos normales, inspiraba cierta resignación al estado social presente, como una consecuencia del estado social anterior, y una

premisa del subsiguiente estado social. Sin duda, á razón de tal carácter, esta filosofía no pudo retener mucho tiempo en su magia, en su encanto, el espíritu inquieto, intranquilo, activo de Bakounine. El soldado incansable podía decir, como el doctor de la leyenda alemana, cuando examina el origen de las cosas: «En el principio no era el Verbo, en el principio era la acción, la acción, siempre la acción.» Su temperamento fuerte, sanguíneo, de un temple verdaderamente atlético, de una robustez incontrastable, había menester el combate, entonces, por los años de 40 y 41, en que gozaba de todas sus facultades y vivía con toda su vida. El sistema de Schelling era un sistema místico, contemplativo, aunque el objeto de su misticismo y de sus contemplaciones fuera la naturaleza, como la política de Schelling era una política de transacciones, de pactos, de emancipación gradual y sucesiva, aunque se apoyara en sentimiento tan liberal como el sentimiento del progreso.

Pero si Panlof llevó á Moscow la filosofía de Schelling, Stanekevitch llevó otra filosofía más lógica, más sistemática, ménos mística, la filosofía hegeliana. Era Stanekevitch á la sazón un jóven de veintisiete años, débil como un niño, impresionable como una mujer. La calentura de la tisis consumía su cuerpo quebrantado; y la calentura de la inspiración su alma extática. En los sacudimientos nerviosos que atravesaban como tempestades interiores todo su organismo; en las palabras entusiasmadas que á borbotones, como lava encendida de ideas, caían á cada instante de sus labios; en la profundidad y la fijeza de su mirar tristísimo; en la aureola casi fantástica pero visible, ceñida por la inspiración artística á su frente espaciosa como un cielo; en todo su sér, en toda su existencia, veíase que aquel jóven era uno de esos espíritus predilectos del arte, para quienes el mundo es como un punto de apoyo, que fugazmente huellan, anhelosos por volar en alas del éxtasis, en el ensueño magnético de un verdadero idealismo, á su habi-

tación propia, á su natural espacio, á los cielos. Un jóven así debía ser la antítesis completa del revolucionario. El ruido de la acción le molestaba, y las realidades asperísimas de la vida le ponían aun más enfermo. Para aquel jóven febril, asaltado por crudos dolores de cuerpo y alma, no había más que un ejercicio digno del hombre, el ejercicio del pensamiento; y no había más que un refugio contra la tiranía, el refugio de la ciencia. Su estudio era la meditación, sus obras todas discursos, su ministerio enseñar, su amor la idea, su esparcimiento el arte, su vida la compañía de sus discípulos y el comercio con los discípulos, su ambición transformar las conciencias, seguro de que una vez transformadas las conciencias, transformarían la realidad.

El sentido predominante en la filosofía hegeliana, profesada por este jóven, es el sentido histórico. Jamás la historia tuvo de sí misma una conciencia tan clara como en el sistema de Hegel. La realidad de la lógica demostraba la idea de Schelling de que las leyes del entendimiento son leyes de los hechos, como los cálculos de Galileo demostrarán el sistema de Copérnico. El principio de que la Historia de la filosofía es la filosofía de la Historia, calificado por muchos de logomáquia, encerraba en fórmula felicísima la estrecha relación entre lo ideal y lo real dentro de la vida humana. El gran pensamiento de que la historia del mundo es la historia de la libertad decía como la personalidad, dormida en el seno del panteísmo asiático, ahogada en ese océano de tinieblas que constituye la servidumbre universal, se levanta por un desarrollo y crecimiento interior, produciendo la religión, el arte, la ciencia, en las diversas aplicaciones de sus facultades hasta llegar al grado mayor de la vida, á la plena conciencia de sí misma. No es maravilla si este sistema engendra en Rusia un elocuentísimo profesor de Historia, Granovski, que lo llevó á la cátedra de Moscow; y un crítico eminentísimo que lo

aplicó al estudio de las ideas y al juicio de las artes.

El crítico de quien hablamos es Belinski, el cual ejercía por su acerado sarcasmo contra los viejos errores teológicos y las viejas castas sociales un ministerio á mediados del siglo décimo-nono en Rusia semejante al que ejercía Voltaire en Francia á mediados del pasado siglo.

Pero este gran crítico ruso, que había llevado el espíritu revolucionario á las conciencias, tuvo algunos instantes de vacilación, y aun de decaimiento. Era como el amigo íntimo, como el hermano de Bakounine, que por él tenía todo el cariño, todo el entusiasmo con que suelen mutuamente atraerse á la amistad y en la amistad completarse los temperamentos y los caracteres radicalmente contrarios. Belinski era en la vida privada taciturno, melancólico, tímido, caviloso. Su timidez y su modestia le impedían ejercer el magisterio que exige gran confianza en sí mismo como base de carácter, y gran fuerza dogmática como base de pensamiento. Pero así que sus ideas más claras eran combatidas, así que su espíritu político y científico era contrariado por algún libro servil, por algún escritor de córte, el tímido se tornaba héroe, el taciturno orador, el caviloso nítido como la luz, el melancólico risueño, alegre; y con vena digna de Cervantes, é ironía digna de Enrique Heine, flagelaba, conspuía á todos esos autores, olvidados de la propia razón, capaces de poner bajo las ruedas del carro de los emperadores como los supersticiosos indios, algo más que el cuerpo y la vida, el alma inmortal y la conciencia. En estos combates por crear la dignidad humana, á lo menos en la república de las letras, el eminentísimo crítico, no solamente destrozaba á sus contrarios, sino que al oponer ideas á ideas, sistemas á sistemas, elevábase muchas veces en alas de su génio lírico y lógico á un tiempo, hasta las cimas de lo ideal, y desde ellas derramaba á torrentes la más pura poesía.

Durante algun tiempo, Bakounine y Belinski, estuvieron separados. Provino la separacion de que éste, deslumbrado por un pensamiento de Hegel, no bien comprendido, se dió á justificar el despotismo arriba, y abajo la resignacion al despotismo. El pensamiento no bien comprendido, era: «todo aquello que es racional, es real.» Y el discípulo sacaba la consecuencia de que, si el Czar habia herido ó degollado catorce naciones; si con el cetro en una mano y el sable en la otra, regía por Asia, por Europa, aun por América, razas enteras sometidas á su dominacion, como el ganado al pastor, era porque tal autoridad se necesitaba para el progreso del género humano, y su total educacion. Así, desprendiéndose de la realidad como un místico, negándose á oír los quejidos del dolor humano, impasible ante la servidumbre universal, se absorbía en la contemplacion de su propio espíritu, se recreaba en egoismo intelectual, ante cuyos ensueños y abstracciones, disipábase el mundo y la sociedad como el ténue humo de los locaustos.

Un génio activo, emprendedor, como el génio de Bakounine, poco dado á las abstracciones, y muy dado á la realidad, no podia, no, convenir con esta indiferencia entre el bien y el mal, entre la libertad y la servidumbre, que llegó á helar por algun tiempo la candente alma del crítico. Pero por fin, aquel frio fué pasajero, y Belinski volvió con fuerza igual, á reivindicar, en cuanto se lo permitia la censura moscovita, el derecho del pensamiento á su independencia, y del ciudadano á su libertad. En torno de aquel gran escritor, se agrupaba la juventud anhelosa de reformas. Bajo oscuros símbolos, en alegorías muchas veces inexplicables, buscando caminos tortuosos, con el escalpelo en la mano para analizar la ortodoxia religiosa y la autoridad imperial, con el fuego de la nueva fé en el alma enferma de aspiraciones infinitas é indomables, el gran escritor trasformaba la conciencia de la juventud, afrentada de aquel Emperador casi

dios, de aquellos siervos casi bestias, y deseosa de modificar, desde la propiedad hasta la Iglesia, para recibir las inspiraciones de su razon y no la librea de la corte. Por eso decia el gobernador militar de Petersburgo, siempre que se encontraba al crítico en el paseo de la perspectiva: «os tengo preparada una fortaleza, y en la fortaleza un buen calabozo.» Y al cabo se prohibieron en vida sus escritos, y se negó á sus discípulos, despues de muerto, la honra de levantarle un sepulcro, que nunca podia ser tan duradero como su memoria.

Reducida la existencia al puro pensamiento, y reducido el pensamiento en su expresion á la pura alegoría, no encontraba, no, Bakounine en Rusia espacio bastante al desarrollo de su carácter. La agitacion política é intelectual de Occidente, le tentaba con tentaciones verdaderamente invencible. París le atraia como la capital del pensamiento, como el foco de la revolucion. A París pasó algunos años antes del movimiento de Febrero. Ya en la capital de Europa, convirtióse el revolucionario ruso en abogado de los infelices polacos. Nosotros no podemos comprender el esfuerzo que necesita hacer un ruso para sobreponerse á las preocupaciones de su tierra natal en los tristísimos asuntos de Polonia. Segun las ideas más arraigadas en la educacion rusa, Polonia es un pueblo que ha merecido su tremendo castigo por las internas divisiones y la incapacidad radical en gobernarse á sí mismo; un pueblo, que se vendió á sus enemigos de fuera, antes que reconciliar á sus partidos de dentro; un pueblo, que agitaba á toda la Europa con sus escandalosas elecciones de reyes, y luego reducía todos sus reyes á la nulidad y á la impotencia; un pueblo, cuyas mayores gentes vinculaban la autoridad en poderosa oligarquía, y cuyas menores gentes eran víctimas de aristocráticos privilegios, verdaderas argollas; un pueblo, que habia conquistado á los rusos, y los habia tenido largos siglos entre hierros y bajo el látigo; un pueblo, que destruido, desmembrado, dispersos sus hijos más ilustres, re-

partidas entre extrañas naciones sus provincias más antiguas, aun conserva tal temperamento que no puede libertarse de su catolicismo intolerante, de su servidumbre intelectual y material, de su aristocrácia soberbia, y de sus partidos rebeldes y entre sí enemigos, de sus dos eternas faltas, la monstruosa union entre la anarquía y el despotismo. Cuando un hombre se ha levantado de esa suerte sobre toda la educacion de su vida, tiene verdadero mérito ese hombre, y presta servicios á la humanidad que no podrán borrar fácilmente, ni otras faltas, ni otros errores.

En esto suena la revolucion de Febrero. Con la revolucion de Febrero estallan levantamientos sincrónicos en toda Europa. Alemania, foco de luz científica, conviértese á su vez en volcan de ardiente llama revolucionaria. El apóstol ruso recorre los campos germánicos, llenos de combates; visita las ciudades, presa de la exaltacion y del delirio. Su alma se dilata en la lucha. Organizar es su trabajo, combatir su deseo, sublevar su fin, establecer una dictadura revolucionaria su ambicion. Él no quiere Estado, ni gobierno. En su pensamiento, la autoridad se reduce á la gerencia de una compañía mercantil. La direccion social ha de perder en su sistema todo carácter político. No puede formularse con mayor crudeza la anarquía. Pero este hombre que no quiere ningun género de gobierno, á su vez gobierna con imperio. Criado en el absolutismo, gústanle las sociedades secretas y sus fórmulas cabalísticas, cual á las aves nocturnas las tinieblas. Aunque protesta contra toda autoridad, se conoce en todos sus actos que tiene del poder, de la autoridad una grande idea. Ejércela, cuando menos, con verdadero imperio sobre los trabajadores. Yo ignoro si encuentran algo misterioso en aquella su estatura gigantesca; en la blanca y poblada barba que le da aspecto patriarcal; en las formas atléticas que recuerdan uno de aquellos godos puestos al frente del imperio por los degenerados romanos; en su actitud y aire de pontí-

fice oriental; en la luz concentrada de sus ojos, y la sonrisa irónica de sus labios; en toda su persona, que parece reunir desde la perseverancia germánica, hasta la movilidad eslava, todos los caracteres más opuestos de la inmensa Rusia. Pero yo sé decir que le he visto ejercer poderosísima atraccion sobre los trabajadores, los cuales suelen prestarse á recibir como doctrinas luminosas las fórmulas de Bakounine; como trabajos emancipadores, sus trabajos de organizacion. Y este magnetismo que ejerce indudablemente sobre el trabajador, me explica la celeridad de su fortuna y de su desgracia en Dresde. Todavía le llaman por Alemania, acordándose de sus proezas en la revolucion, el dictador de Dresde. Preso con las armas en la mano, condenado á muerte, le conmutaron la pena en prision perpétua.

El imperio de Austria, que siempre ha gustado de estos cargos de verdugo y carcelero, tomó para sí la custodia del preso. Reclamó el emperador Nicolás y le fué entregado, despues de un año de durísimo encarcelamiento. Al recibirlo en sus manos los soldados rusos, le recibieron cargado de cadenas, que habian hecho hasta hondas llagas en sus carnes. Inmediatamente le quitaron aquel peso, aquel tormento. Agradecido, se avalanzó al cuello de sus compatriotas, para abrazarlos con efusion. Este entusiasmo pátrio no le valió la libertad; pero le valió algun alivio en su cautiverio. Desde 1849 hasta 1855 estuvo preso. Pero á la exaltacion de Alejandro II, su prision en Rusia fué conmutada por la deportacion en Siberia. Habiendo hecho una correría á las orillas del rio Amor, fugóse á los Estados-Unidos, y de los Estados-Unidos vino á Suiza, donde se instaló, para darse, bajo la sombra de sus republicanas libertades, á la propaganda del colectivismo.

Y el colectivismo no es en su esencia otra cosa mas que el comunismo. Y no puede darse á una sociedad que viene del Renacimiento en sus artes; de la Reforma en su conciencia;